

Espacio-tiempo

Benjamín Caleb Velázquez Villegas*

Creo que el espacio-tiempo me ha jugado una broma, la ciudad se hace cada vez más pequeña, sin embargo, tardo dos horas en atravesarla. Y cuando llego a mi destino, nada ha pasado, todo continúa en un mismo letargo, la secretaria se sigue sirviendo café, el jefe sigue en su oficina, el empleado en su computadora y Próspero trapeando.

Todo parece una eterna fotografía. Dicen que han pasado veinte años, pero a mí me parece un momento. Tengo una ventana al mundo y sin embargo, lo que veo parece quieto, siempre.

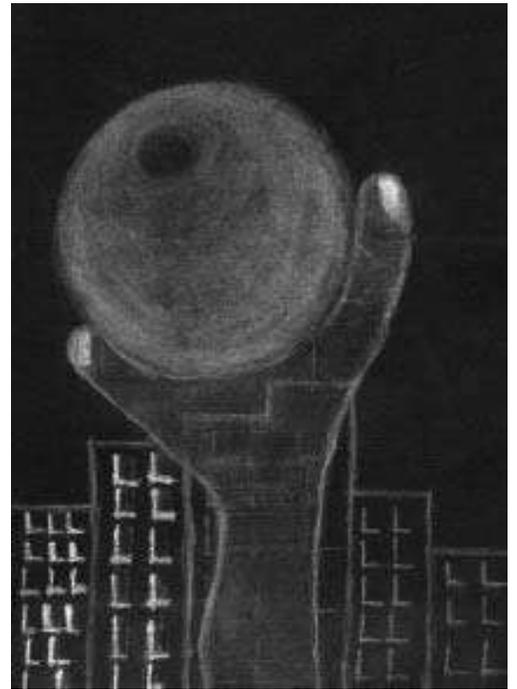
Veo al niño de la calle con barba limpiando el parabrisas, gente colgada del autobús, una represión de ambulantes y un nuevo mercado sobre ruedas; alguien comerciando con los sueños, un político hablando, un empresario talando y un revolucionario que quiere cambiar al mundo.

La ciudad me parece pequeña, y dicen que es la más grande del mundo. Vivo apretado: en mi casa, en mi oficina, en la alberca. Mi cartera también está apretada. Hace veinte años dijeron que existían 48 m² por habitante, que hemos mejorado, ahora tenemos 0.50 m² por habitante, yo aún me siento apretado. La ciudad espaciosa me sigue estrujando, cada día más.

Cualquier espacio que veo ya lo conozco. Cada nueva colonia ya la he visto; si preguntas, es la misma historia y los mismos personajes: ahí está el galán de barrio, el borracho, la familia bien, la de los problemas, la muchacha seducida por un tatuaje, su eterno enamorado, la madre soltera, niños jugando, el verdulero, la vieja chismosa, el misántropo, el ratero, el mezquino. Todos lucíendose por ser originales, y siempre es lo mismo.

*Alumno de la Sección de Estudios de Posgrado e Investigación de la ESIA-Tecamachalco.

Ilustración:
Israel Orozco Hurtado, alumno de la Sección de Estudios de Posgrado e Investigación de la ESIA Tecamachalco.



A veces leo novelas, son premiadas porque dicen que innovan al mostrar lo que pasa en su época, desde antes de Molière dicen eso. Y siempre leo lo mismo.

De vez en cuando me siento frente a mi ventana y todo pasa frente a mí: a velocidad vertiginosa la niña se hace joven y luego vieja; la casa nueva de enfrente pronto tiene goteras, la mía está a punto de derrumbarse; el candidato se hace gobernador y ya deja la ciudad con maletas llenas; la ciudad crece.

Dicen que ahora la ciudad es enorme, entonces me subo a mi cápsula y espero dos horas. He llegado, pero cuando salgo veo lo mismo: un paradero de autobuses lleno, todos viajando en un mismo sentido y por un mismo lugar aunque haya mil alternativas y todos diciendo: «No queda de otra». Entonces subo de nuevo a mi cápsula y voy de regreso. Por la ventana veo pasar secuencias de fondos de caricaturas: cada tres segundos la misma casa; a veces es de piedra, a veces es galáctica, a veces es amarilla y a veces son Pablo y Mármol.

Todo ya había pasado antes, «no hay nada nuevo debajo del sol», dice el predicador.

Todo es una eterna fotografía, nada se mueve. A veces me pregunto si no seré yo también parte de ella; de un retrato que sólo transporta su dueño de una galería a otra, iluminado a veces con un foco, y otras guardado en una caja perforada.

Nada se mueve, camino con cuidado en medio de esta imagen congelada para no tropezar con alguna estatua.

Voy de camino solo, y ¿quién me dice?

Todo ya había sido.

Esta carta ya la había yo escrito antes ☹